

ordinaria y cuyas espigas son muy pequeñas. Crece entre las plantas de maíz y tiene que ser arrancada para que no las perjudique. Varios mexicanos, sin embargo, me aseguraron que cuando la cultivan se le desarrollan las mazorcas. Después de tres años alcanzan un tamaño considerable y se pueden comer. Un hombre de Cerro Prieto no cosecha otra cosa; otros mezclan el maizillo con el maíz ordinario. Dijéronme que la gente de tierra caliente revuelve un almud del mismo con el grano de siembra, y que la combinación da espléndidos resultados en un terreno fértil.

¿Será esa la primitiva planta silvestre de donde procede el maíz ordinario? Si el informe sobre el particular que recibí en Mezquitic, del estado de Jalisco, es exacto, debe responderse negativamente, porque, según mi informante la planta es trienal. En esa localidad se la llama *maíz de pájaro*, y se cultiva como sustituto del maíz común ó para hacer atole. También lo conocen y cultivan los huicholes, que lo llaman *tâts*.

Detúveme como un mes en Mesa de Milpillas, que es una altiplanicie fértil. La región se halla ahora casi desmontada, pero aun le quedan magníficos pinos, y por el sur la resguarda el cerro de Muinora, fortaleza de los tepehuanes del norte.

Bajé después occidentalment al pueblo de Cinco Llagas, donde encontré tepehuanes de raza pura, pero que hablan español. Ascendiendo de nuevo hacia la sierra sobre el campo minero de San José, llegué á Baborigame (en tepehuán, *Vāwlūlile* = "donde hay una grande higuera"). El pueblo está hermosamente situado en un llano de milla y media de diámetro, y rodeado de bonitos cerros. Me alojé en un choza próxima al pueblo, cuyo propietario me pidió la renta adelantada, y por cincuenta centavos adquirimos Mr. Hartman y yo el derecho de ocuparla por tiempo ilimitado. Permanecí allí desde el

31 de marzo al 30 de abril. Hay en Baborigame un par de tiendas mexicanas, y el pueblo es, de hecho, más mexicano que indio. Viven los tepehuanes en sus ranchos y sólo acuden con motivo de alguna fiesta para mezclarse con sus "vecinos," según denominan á los mexicanos todos los indios de México.

Hanme dicho que cada cinco años pasan por ahí, para vender sus mercancías, los indios traficantes del sur de México llamados aztecas y otomíes. Llevan artículos de seda y de lana, cucharas de palo, hilo y agujas, y hacen bonitos bordados y vestidos, dedicándose también á remendar éstos.

Los tepehuanes del norte tienen casi los mismos juegos que los tarahumares, y en tiempo de Pascua, arreglan carreras como parte de las festividades generales de la estación. Reuniéronse doscientos noventa individuos, entre los que se contaban algunos tarahumares, y hubo varias carreras, dividiéndose los que en ellas tomaron parte en diferentes grupos de hombres y mujeres (solteros y casados) y niños.

Como entre los tarahumares, se opusieron dos partidos en cada carrera, corriendo los hombres con pelotas y las mujeres con arillos. Las casadas, no obstante lo que pesaban por gordas, corrían mejor que las jóvenes.

Los que más se distinguieron fueron los casados; corrían según su edad de dieciocho á treinta años, y los mejores dieron trece vueltas en tres horas y minuto y medio. Medí la vuelta y encontré que su trayecto era de 9,223 pies; de suerte que la distancia total recorrida fue de veintitrés millas. Los dos hombres que llegaron primero, el uno tepehuán y tarahumar el otro, no daban señales de fatiga. Por vía de comparación añadiré que el mejor entre algunos jóvenes mexicanos que corrían á la vez, necesitó doce minutos para dar la vuelta, habiendo llegado todos jadeantes y al parecer sin fuerzas para continuar por

más tiempo. Dijéronme personas fidedignas, que ocho años antes un hombre, recientemente fallecido, recorrió veintisiete circuitos, ó sea más de cuarenta y siete millas. Dicho corredor era muy conocido en aquella parte de la sierra. Su antagonista dio veintiséis vueltas y cayó exhausto, mientras que el vencedor todavía emprendió una larga danza al día siguiente. La carrera duró desde el medio día hasta las ocho de la noche.

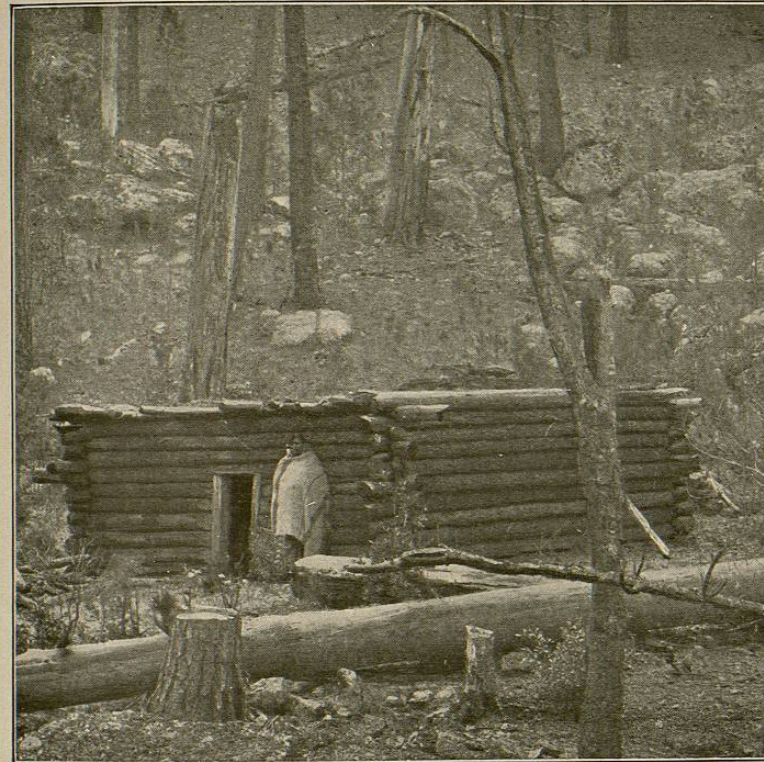
Los mexicanos han adoptado algunas costumbres tepehuanas. Por ejemplo, después de terminada la siega, amarran sobre un caballo al propietario ó á su hijo, quien debe llevar una cruz hecha de tres mazorcas, y lo conducen á la casa, donde se le recibe con disparos de rifle. Los hombres dicen á las mujeres de la casa que el individuo que va á caballo se ha robado el maíz y que no lo soltarán si no les dan un baile y tesgüino. La demanda, por supuesto, queda atendida y el tambor y el violín proporcionan la música.

Los tepehuanes de los alrededores de Baborigame arriendan ahora frecuentemente sus tierras á los mexicanos por varios años, pero rara vez las recobran, porque los "vecinos" cuentan con la poderosa colaboración del mezcal. Puede calcularse el enorme producto que proporciona el comercio de este aguardiente con los naturales por el hecho de que una damajuana de á cinco pesos contiene 24 botellas, por cada una de las cuales obtiene el comerciante un costal de maíz que vale un peso. En seguida realizan en dondequiera dicho maíz á cinco pesos. En otras palabras, con cincuenta pesos, por ejemplo, se ganan 1,200; de los que, deduciendo gastos de transporte, etc., queda todavía una utilidad líquida que no baja de \$1,100.

Tienen los tepehuanes en remotos lugares logias médicas donde secretamente se reúnen una vez por mes ó cada dos meses. El nombre de la choza en que tales juntas tienen lugar es Vākir Nūdadu (*Vākir*, el interior de la casa;

nūdadu, donde se está cantando; es decir: "la casa en donde se canta"). El canto tiene por objeto invitar á que baje á su dios Tuni, á quien llaman asimismo cuñado (*gunosi*); y el dios instruye al sacerdote sobre lo que debe hacer para que llueva y evitar todo mal, haciendo tesgüino y bailando.

Al oscurecer empiezan á reunirse los indios en dicho



Logia de curanderos tepehuanes junto á Mesa de Milpillas.

lugar, y asisten á la junta tres curanderos. Erígese una cruz que se adorna con toda clase de flores cortadas en las barrancas, así como con plumas de águila y sartas de cuentas. De cada brazo de la cruz se cuelga un "ojo del dios" (V. tomo II, Cap. XI), llamado en tepehuán *yáguete*, y delante se colocan tres jarros de tesgüino y otras tantas vasijas con comida.

Apagan el fuego, y los curanderos comienzan á cantar diversas canciones con diferentes melodías, lo que hacen hasta cerca de media noche en que se oye un ruido en el techo, como si alguien anduviese encima. Siguen cantando los indios, y el ruido de pasos se repite por tres veces. Al fin se abre el techo, y ¡oh sorpresa! óyese que alguien salta tres veces en el suelo. El canto cesa, pues Tuni (Tata Dios) se encuentra presente. Tiene el aspecto de un indio tepehuán, con calzoneras y algodón, pero sin cobija, y trae fajada la cabeza con un paliacate. Los bordados de las calzoneras y del algodón son de oro, así como las extremidades de sus cabellos. Saluda á los curanderos, que son los únicos que lo ven, con la salutación usual “¡Váigase!” y toda la asamblea responde de la misma manera. Juega con los indios, y les llama cuñados. Tuercen tres cigarrillos, y colocándolos junto al tesgüino, dicen todos al dios, riéndose y chacoteando con él: “¡Fuma, cuñado!” Tuni les dirige un discurso, diciéndoles que hagan mucho tesgüino en sus casas para que no se acabe el mundo. Invítalo á beber y canta tres diferentes canciones en que toman parte todos los concurrentes. Bebe, en seguida, dando tales tragos que todos pueden oírlo. “Cuán fuerte está, dice; no podré volverme á mi casa.” También los rocía con tesgüino. Todo el que quiere beber, alarga sencillamente el brazo, sin hablar, y al punto le ponen en la mano una jícara llena, la que se desaparece cuando queda vacía, y el que bebe queda borracho hasta que amanece, pues Tuni tiene la mano fuerte.

Permanece como una media hora, y cuando se va, dice que volverá si le hacen tesgüino, desvaneciéndose en seguida como el aire sin hacer el menor ruido.

Al punto como se ha ido, llega una diosa llamada Santa María Dyada (madre; es decir, la luna), con la que se cambian los mismos saludos, y á quien ruegan las mujeres que cante. También acepta tesgüino y dice un discurso

cuyo asunto se contrae á recomendar la fabricación del licor durante todo el año, pues de lo contrario se les enojaría su padre y destruiría el mundo. En seguida, bajan de igual modo, á jugar con los indios, la Nieve y el Frío.

Cucuduri es el nombre del señor de los ciervos y de los pescados. Él también produce la lluvia y resuena en el trueno. Es un hombre pequeño, pero grueso, y cuando hay neblina corre sobre las montañas montado en un ciervo. Cuando es muy espesa la niebla y llueve mucho, puede un tepehuán ir á retar á Cucuduri en la selva. Á éste fin, arroja una flecha al suelo, el hombrecillo se aparece y conviene en apostar un venado contra la flecha. Pónense á luchar, y aunque Cucuduri es fuerte, á menudo lo derriba su contrario, quien encuentra luego muy cerca al venado y lo mata.

El pescador oye, en el rumor del agua que corre, el llanto de Cucuduri y le echa tres pescaditos. De no hacerlo, nada recogería, porque el dios lanzaría piedras al agua para alejar los peces, y aun apedrearía al mismo pescador.

Los tepehuanes nunca beben directamente de un arroyo, sino que toman el agua en el hueco de la mano para que el dios de la fuente no se los lleve en la noche al interior de la montaña.



Un curandero tepehuán muy conocido.

Tampoco se cortan nunca las uñas de las manos ni de los pies, por temor de volverse ciegos.

Dicen que el sitio ocupado por el alma está entre el estómago y el pecho, y nunca despiertan al que está dormido porque creen que su alma anda errando. Algunas veces la enfermedad de una persona se debe á que su alma está lejos. Los médicos no pueden hacerla volver, pero el enfermo sigue viviendo. El alma es la respiración, y cuando el hombre muere, se le sale por las fontanelas de la cabeza, ya sea por los ojos, las narices ó la boca.

Si un indio pisa á otro lo incapacita por sólo ese hecho de volver á matar ningún venado en su vida; pero no hay para las mujeres el menor peligro cuando las pisan.

Si el aire sopla con fuerza, es porque alguna mujer se retarda en curarse. La razón porque los tepehuanes celebran cuatro fiestas para despachar á una mujer de este mundo, y sólo tres para un hombre débese á que creen que la mujer tiene más costillas que el hombre.

Á las mujeres sin casar, no les es permitido comer carne del espinazo del venado, porque ese hueso se parece á las flechas. Si comen de tal carne, se les dobla la espalda y les sobrevienen dolores en la misma región.

Los tepehuanes no comen pinole con carne para que no se les caigan los dientes, y después de tomarlo se enjuagan la boca.

Supónese que ciertas ardillas se vuelven murciélagos, y otras loros. La ardilla de tierra se transforma en culebra. El matalote se vuelve nutria, y las larvas del madroño se convierten en palomas.

Cuando cacarea una gallina, algo va á suceder, si no se la mata inmediatamente.

La luna tiene á veces que pelear con el sol. Si sólo de la luna dependiera, estaría lloviendo siempre para bien de los tepehuanes.

Las Pléyades son mujeres, y las mujeres del mundo son sus hermanas. Vivían con un hombre que les llevaba de comer, quien no habiendo encontrado nada un día, se sacó sangre de la pantorrilla y se la llevó, en una hoja de higuera, diciéndoles que era de venado, con lo que las estuvo manteniendo. Al descubrir que la sangre era humana, indignáronse mucho y se fueron al cielo en donde todavía están.

Cuando el hombre volvió por la tarde las echó de menos y siguió sus huellas, pero no pudo encontrarlas. Se acostó á dormir solo, y tomando á los ratones por sus mujeres, les dijo: "¡Vengan, vengan á cocer la sangre de venado!" Prosiguió buscándolas hasta que llegó al lugar donde habían desaparecido, y como las mujeres lo viesan desde arriba en tales apuros, comenzaron á reír, con lo que las descubrió él y les gritó: "Amarren sus fajas para que pueda subir yo." Y subió en efecto; pero cuando estuvo á punto de alcanzarlas, la mayor aconsejó á las otras que lo soltaran porque las había engañado. El hombre se volvió coyote, y en esa forma sigue todavía. Si las hubiera alcanzado, hubiérase convertido en estrella, lo mismo que las mujeres.

Las tres estrellas del Cinto de Orión son venados.